

se con prudencia y haciéndolo servir para desarrollar la inducción y no paralizarla. La vista de un objeto debe servir para que el niño se forme idea cabal de los que no puede tener ante los ojos, y para conducirlo naturalmente y sin violencia á la abstracción. Así, es natural que en las escuelas de párvulos se haga un uso casi exclusivo de este método, mientras que en las elementales y superiores debe encerrarse en límites mucho más reducidos.

De todos modos, es indudable que el análisis, la síntesis y la intuición, son métodos que pueden aplicarse en casi todos los ramos de enseñanza.

La limitada comprensión de los niños hace todavía necesaria la concurrencia de otro método en las escuelas. Este método es el llamado socrático ó interrogativo. En efecto: ¿es suficiente decir ó explicar una cosa sencillamente á los niños? ¿Basta hacérsela aprender en cualquier libro, ó es más conveniente hacérsela descubrir? Todos estos medios pueden emplearse; pero es indudable que los dos primeros no llenarian su objeto sin el último. Sócrates, eminente filósofo de la antigüedad, fué el que aplicó con más constancia este principio fecundo y útil. En efecto: en lugar de comunicar directamente sus ideas, enseñaba á sus discípulos á que las hallaran con él, conduciéndolos de pregunta en pregunta al descubrimiento del hecho ó idea que quería darles á conocer. Esta especie de diálogo anima singularmente el estudio, sostiene el interés, despierta la curiosidad y excita la atención. No siempre es posible llegar hasta el fin, y muchas veces nos es indispensable el emplear rodeos. Con los niños se observa casi siempre la ventaja del método indirecto. El maestro que quisiera explicarlo y demostrarlo todo, enseñaría muy mal, y los resultados serían muy inferiores al que empleara el método socrático é interrogativo. Su uso acertado es un manantial fecundo de recursos para el maestro. Casi siempre puede aplicarse, y sólo se hace menos fácil cuando la escuela está organizada por el sistema mutuo; pero los otros dos sistemas permiten al maestro establecer este principio ó método en grande escala.

Los métodos, ó mejor diremos los principios, que acabamos de enunciar, pueden aplicarse casi siempre simultáneamente para la enseñanza de los diversos ramos que comprende la instrucción primaria. Hay todavía otros, cuya enumeración sería larga, y que indudablemente no tienen la misma aplicación. Por eso terminaremos aquí este asunto, para ocuparnos, aunque brevemente, en los métodos especiales.

§ V.

De los métodos y procedimientos especiales para cada ramo de enseñanza.

Dijimos, hablando del *método* en general, que era la vía, la senda que conduce al hombre en la investigación de la verdad. Aplicado el método á las escuelas hemos distinguido las fórmulas de enseñanza. Aquellas que se llaman por algunos métodos generales ó modos de enseñar, porque indican la manera con que se transmiten los conocimientos teniendo en consideración el número de los niños y la disposición de la clase, no deben ocuparnos ya; las otras, esto es, las fórmulas de enseñanza, pueden subdividirse, como ya dijimos, en *generales y especiales*; generales, cuando pueden ser aplicables á los diversos ramos de enseñanza; especiales, cuando revelan el orden ó la serie de verdades de un solo ramo. Pero para comprender bien cómo debe darse la enseñanza de cada una de las materias en las escuelas, conviene tener presente, no sólo el *modo ó sistema*, sino el *método general*, el *especial* y el *procedimiento*; es decir, la manera material que se emplea para enseñar á los niños. Enlazaremos, pues, estas cuatro cosas en la exposición que vamos á hacer de la enseñanza especial de cada ramo.

ENSEÑANZA MORAL Y RELIGIOSA.

Ya en otro lugar nos hemos ocupado de la importancia de la enseñanza moral y religiosa. El maestro no puede perder de vista este primer objeto de su misión. Si le descuidara, si no se formara de él una idea justa y exacta, no cumpliría su capital deber. Quedan ya expuestos los principios que han de servirle de guía para desarrollar en el niño el sentimiento moral y religioso. No repetiremos de nuevo lo que ya dijimos, y limitaremos nuestras observaciones á manifestar los principios que deben guiar al maestro en tan importantísima enseñanza.

Si el niño ha de tener fe, si el sentimiento religioso ha de echar en su corazón hondas y permanentes raíces, es necesario que se forme una idea justa del objeto de sus creencias y sentimientos religiosos.

Dios, criador y conservador del universo, es la base ^{que el} del mal damento de la verdad religiosa. La espiritualidad é ^{ing,} que no dad de nuestra alma es la consecuencia de aquella ^{vea.} El niño indestructible cimiento de la moral. Dios y el alma, ^{so,} y las es-capitales y primordiales que deben grabarse en la ^{indos} los niños y en el corazón de los niños.

Lo abstracto y sublime de estas verdades no son ^{almanecer} y lo que debe arredrarnos para hacérselas comprender ^{mejor} al que duría divina ha querido que desde los albores de ^{convencerá} el can y se desarrollen casi instintivamente en el ^{haya.}

que ama por instinto á su madre y la considera como un sér superior, viene luego á conjeturar que hay otros que son superiores á su madre, y de aquí á formarse una idea bastante justa del Autor de la naturaleza. Sin embargo, como del error en esta idea capital nacerían indudablemente una serie de errores á cual más deplorables, conviene que el maestro no pierda de vista la formación exacta en el niño de la idea de Dios, desde que entra en la escuela hasta que la abandona. A cada paso se presentarán motivos de fortificar en el entendimiento infantil de su discípulo la idea de la divinidad y de sus principales atributos.

En las lecciones ó explicaciones de esta materia conviene que el maestro siga el principio interrogativo ó socrático. Así, llamando la atención del niño sobre cualquier objeto del arte humano, un reloj, por ejemplo, se le dirá: ¿sabes tú si se ha hecho por sí mismo este reloj? El niño responderá probablemente que no. ¿Quién lo ha hecho, pues? continuará el maestro. Un relojero, será la contestación que probablemente reciba. Entonces conviene hacerle contemplar al niño un edificio ú otra cualquier obra complicada, hacerle notar sus diversas partes, su enlace, la necesidad de un sér inteligente principal que la dirija y fabrique por sí, ó la haga fabricar por otros bajo sus inteligentes mandatos. Fijarése luego la atención del niño en diferentes objetos de la naturaleza; exaltarése su imaginación con sus sorprendentes bellezas y armonía; presentárasele toda la serie animal procediendo de un sér semejante suyo; presentárasele su propio origen y el de sus ascendientes, y de esta manera se vendrá á despertar en su alma la idea de la primer causa, esto es, de Dios. Su sabiduría sin límites, su poder, su bondad, nacen naturalmente de esta primera idea que abraza en sí misma todo el conjunto de la creación. El niño debe ver en Dios el gran artífice creador, el gran padre conservador y remunerador, el gran juez vengador.

La idea del alma humana y de su inmortalidad es la segunda verdad capital que debe grabarse en la inteligencia del niño. Generalmente se comienza á hablar de esta importantísima verdad desde su entrada en la vida, y se hace bien. Las primeras impresiones, las primeras ideas que pasan transmitidas de la formada inteligencia del hombre á la débil y naciente del niño, son las más permanentes: lo que el hombre percibe en la cuna lo conserva toda su vida y no lo abandona hasta el sepulcro. Las ideas que son peligrosas en la primera edad las ideas falsas. Por eso la idea del alma humana y de su inmortalidad, cuya benéfica brevedad en la moral está reconocida por la experiencia diaria, debe rodear al niño y sentirse, digámoslo así, por él, antes de que se la demuestre. De todos modos al maestro toca robustecer esta idea por cuantos medios estén á su

principio interrogativo no es menos aplicable en este se-

rio que el niño perciba con ejemplos sensibles la diferencia que hay entre el hombre y los demás seres de la na-

turalidad. El sabio Fenelón propone el siguiente ejemplo: «Se le dirá al niño: ¿El alma, come? Si responde mal, se le dirá sencillamente que el alma no come; el cuerpo, se añadirá, es el que come, porque el cuerpo es semejante á las bestias. ¿Tienen entendimiento las bestias? ¿Son sabias? No; responderá el niño. Pero comen, se continuará, aunque no tienen entendimiento. Por consiguiente, tú conoces que el entendimiento no come; sólo el cuerpo se alimenta, anda y duerme. Y el alma, ¿qué hace? Raciocina, conoce el mundo, gusta de ciertas cosas y mira otras con aversión. Luego se añadirá, como jugando. ¿Miras esta mesa?—Sí.—Tú sabes que no está hecha como esta silla, que es de madera, y no es como la chimenea, que es de piedra, ¿no es verdad?—Sí, responderá el niño. No debe continuarse el interrogatorio si no se ha echado de ver que estas sencillas verdades han hecho reflexionar al niño. En este caso se le dirá:—¿Y esta mesa, ¿te conoce á ti? Probablemente el niño se echará á reír. No importa; continúese: Quién te quiere más, ¿esta mesa ó esta silla? El niño reirá de nuevo. Y la ventana ¿sabe mucho? Esta muñeca ¿te responde cuando le hablas?—No.—¿Y por qué?—Porque no tiene alma.—No la tiene. Por consiguiente ella no es como tú, porque tú la conoces y ella no te conoce á ti. Pero después de la muerte, cuando estés debajo de la tierra, ¿no serás tú como la muñeca?—Sí.—¿No sentirás nada?—No.—¿No conocerás á nadie?—No.—Y tu alma, ¿estará en el cielo?—Sí.—¿Y verá allí á Dios?—Lo verá.—Y el alma de la muñeca, ¿dónde estará? El niño responderá probablemente, con una sonrisa burlesca, que las muñecas no tienen alma.» Fenelón se detiene aquí, y hace bien; pero luego es necesario ir más lejos.

En efecto, los animales, aquéllos principalmente que están próximos al hombre por su organismo, tienen puntos muy semejantes al hombre, y facultades que le son comunes. Sería peligroso ocultar al niño esta semejanza, y mucho más dejarle ignorar los puntos que nada revelan la existencia del alma en el hombre. Así como se le ha hecho notar al niño que el alma piensa, es necesario hacerle entender que el perro, por ejemplo, que nos acaricia, que nos obedece y que muchas veces nos comprende, cuando muerde, por ejemplo, á un pobre mendigo, no tiene ninguna idea de que ha hecho una acción mala, y que el niño sabe muy pronto que ha hecho mal si soltó al perro para que mordiera al mendigo; y por el contrario, que ha hecho bien si evitó este accidente y le socorrió con una limosna; porque el sentimiento moral, esto es, el conocimiento del bien y del mal es una facultad del alma, y por consiguiente los perros, que no poseen esta facultad, no pueden tampoco tener alma. El niño sabe que hay un Dios que ha hecho el cielo, la tierra y las estrellas, los árboles, los arroyuelos, las colinas y todos los animales; el perro, que ve todos estos objetos, no conoce el autor, ni percibe la melodía de las aves que cantan al amanecer y que le saludan tan alegremente, sin comprender mejor al que las ha dotado de este instinto. De esta manera se convencerá el niño que los animales no tienen alma como la suya.

Luego que el niño haya hecho las reflexiones necesarias para conocerse á sí mismo y conocer á Dios, debe comenzarse la enseñanza de la religión revelada por su parte histórica. Elegiránse al efecto los pasajes más sencillos y convenientes del Viejo y Nuevo Testamento. La inocencia de Adán y Eva en el paraíso, la historia de Caín y Abel, el Diluvio universal, el Arca de Noé, Cam, la construcción de la torre de Babel, Abraham y Lot, Sodomá y Gomorra, el sacrificio de Isaac, Eliezer y Rebeca, la bendición de Isaac á su hijo menor, la escala celeste de Jacob, la reconciliación de éste con su hermano, la historia de José, Moisés y su peregrinación por el desierto, la historia de Rabab, la burra de Balaham, la hija de Jephté, los trabajos de Job; Sansón, Elí y Samuel; la historia de Saúl y David, el fallo de Salomón, la reina de Saba, el profeta Elías, Naam y Giezzi, Daniel y Jonatás, son hechos que debe mencionar el maestro, haciendo de ellos de viva voz narraciones sencillas y al alcance de los niños, interrogándoles frecuentemente para asegurarse de la manera con que han comprendido los hechos que se refieren. Del Nuevo Testamento pueden escogerse para objeto de las mismas narraciones el nacimiento de Nuestro Señor en Belén, la adoración de los Reyes, la huída á Egipto, la enseñanza en el templo, el bautismo de Jesucristo, el capitán de Carfanaum, el joven de Naín, la alegoría del trigo y de la mala hierba, la degollación del Bautista, la comida de los cinco mil con dos panes y cinco peces, Jesús caminando sobre las olas, el piadoso Samaritano, Marta y María, el hijo pródigo, el hombre rico y el virtuoso Lázaro, Zaqueo, la entrada de Jesús en Jerusalén, la alegoría de las cinco vírgenes prudentes y las cinco necias, la institución de la Eucaristía, la traición de Judas, el huerto de Jehsemaní, la negación de San Pedro, Pilatos, la crucifixión de Jesús, su entierro, resurrección y ascensión. Si estas narraciones se hacen en estilo sencillo é interesante, el sentimiento moral y religioso del niño se irá robusteciendo en gran manera. Entonces notará con placer la relación que existe entre sus reflexiones acerca de Dios y del alma humana y la historia del género humano: habrá conocido que el hombre no se ha formado á sí mismo, que su alma es la imagen de Dios, que la admirable organización de su cuerpo es efecto de la industria y poder divinos, y recordará al momento la historia de la creación. Pensará luego que ha nacido con inclinaciones contrarias á la razón, que ha sido engañado por el placer é impelido por la cólera, y que su cuerpo arrastra á veces su alma como un fogoso caballo lleva al jinete: hallará la natural explicación de este hecho en la historia del pecado de Abraham, cuya historia le hará esperar al SALVADOR que debe reconciliar los hombres con Dios. He aquí todo el fundamento de nuestra religión. Por este medio se preparará á comprender mejor los misterios, las acciones y las máximas de Jesucristo consignadas en el Evangelio. Como este es el mejor libro de moral, y Jesucristo el mejor modelo que debemos imitar, es necesario que los ojos del niño se fijen incesantemente en este divino Maestro, autor y con-

servador de nuestra fe, centro de toda religión y nuestra única esperanza. Así, todos los juicios, todas las acciones de la persona que se instruye, deben modelarse á Jesucristo, que sólo ha tomado un cuerpo mortal para enseñarnos á vivir y morir.

Entre sus discursos y acciones deben elegirse los más proporcionados al niño. Si se impacienta de sufrir alguna incomodidad, se le recordará á Jesucristo en la Cruz; si resiste al trabajo, se le hará ver á Jesucristo trabajando en una tienda hasta los treinta años; si quiere ser alabado y estimado, se le hablará de los oprobios que tuvo que soportar el Salvador; si no puede vivir en armonía con las personas que le rodean, se le hará ver á Jesucristo conversando con los más abominables pecadores é hipócritas; si muestra algún resentimiento, apresuraos á presentarle á Jesucristo muriendo en la Cruz por la redención de los mismos que le asesinaban; si se deja llevar de una alegría inmoderada, pintadle la dulzura y la molestia de Jesucristo, cuya vida entera ha sido tan grave y tan seria. Finalmente, representadle á menudo lo que Jesucristo pensaría y lo que diría de nuestras diversiones y de nuestras operaciones más serias, si estuviese todavía visible entre nosotros. ¿Cuál sería, continuad, nuestra admiración si se presentase de repente en medio de nosotros en el momento en que nos hallamos en el más profundo olvido de su ley? Pero esto será justamente lo que le sucederá á cada uno de nosotros á su muerte, y al mundo entero cuando la hora secreta del juicio final haya sonado. Estas explicaciones, unidas á las del Decálogo, forman un curso de moral cristiana al alcance de los niños, pues, en nuestro concepto, las máximas y prácticas morales deben ir siempre unidas á los principios religiosos, que las fortifican y sostienen.

La enseñanza religiosa, que según acabamos de mencionar, debe comenzar por las narraciones históricas, ha de terminarse y tener su complemento en la parte dogmática. El catecismo contiene cuanto en este asunto deben saber y puede decirse á los niños que frecuentan las escuelas.

En la transmisión de los conocimientos dogmáticos debe seguirse el mismo principio de claridad y sencillez que hemos recomendado para la parte histórica. Ha de procurarse cuidadosamente que estas lecciones no degeneren en un mero ejercicio de memoria. Al efecto, se harán penetrar en la inteligencia de los niños las sublimes verdades dogmáticas, procurando al mismo tiempo interesar el sentimiento, arraigando en él una fe sincera y perpetua.

Dedúcese de lo que acabamos de manifestar que la instrucción moral y religiosa en las escuelas ha de abrazar tres grados: darase en el primero una idea clara de Dios y del alma humana, apoyándola en el desarrollo instintivo del sentimiento religioso, y en narraciones de viva voz hechas por el maestro, de asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento; en el segundo, se ampliarán los conocimientos dados en el primero, auxiliándose ya de algún compendio de historia sagrada, y sería muy útil que en él se conservase el carácter de noble sencillez, de belleza atractiva;

y en lo posible, las expresiones mismas de los libros sagrados; en el tercer grado deben fortificarse los conocimientos adquiridos en los dos anteriores, y ampliarse á la explicación del dogma. El Decálogo, como hemos dicho, y otras partes de la doctrina cristiana, comprenden admirablemente todas las ideas morales que pueden y deben darse á los niños. El maestro debe enlazar constantemente la verdad moral con la verdad religiosa.

Según estos principios se clasificarán los niños de la escuela para la enseñanza moral y religiosa en los diversos sistemas de organización. Así, el primer grado, y cada uno de los dos siguientes, prodrá subdividirse en dos ó más secciones, conforme lo exijan las necesidades y preceptos del sistema.

La oración es la conversación con Dios; en ella elevamos nuestra alma al Criador, hacémosle presente nuestra sumisión y respeto, le pedimos y le damos gracias por los favores que nos dispensa. Los ejercicios de la escuela deben por consiguiente comenzarse y terminarse por una oración breve, que repitan todos los niños. Este acto debe ser serio y tierno, para que aquellas almas sencillas adquieran el hábito de implorar en toda circunstancia grave el auxilio de la Providencia, dándole luego las debidas gracias por haberle permitido llevar á cabo su comenzada obra. Es necesario que los niños no se acostumbren á mirar estos actos como meras fórmulas. El maestro adquiriría con ello una terrible responsabilidad.

El art. 29 del reglamento de escuelas vigente exige que la clase de instrucción religiosa y moral sea diaria; y el 40, que cada tercer día por la mañana ó por la tarde, concluída la oración con que se dé principio á los ejercicios de la escuela, se destine un cuarto de hora para que un discípulo adelantado lea en voz alta un capítulo de la Escritura Sagrada, principalmente del Nuevo Testamento, haciendo el maestro las explicaciones y aplicaciones que le dicten su instrucción y prudencia. Esta práctica es muy útil, y convendrá no descuidarla. El art. 44 del mismo reglamento previene que la tarde de todos los sábados se destine exclusivamente: primero, al examen de la parte moral y religiosa que se haya enseñado en la semana; segundo, al estudio del catecismo y explicaciones de la doctrina cristiana. Finalmente, el art. 47 dispone que los ejercicios del sábado se terminen con la lectura del Evangelio del día siguiente y con el rezo del rosario.

Estos artículos del reglamento están perfectamente de acuerdo con nuestras ideas, y se amoldan á lo que acerca del particular llevamos manifestado.

En resumen: el profesor ha de estar persuadido de que esta enseñanza no es como la de las ciencias profanas, que interesan principalmente á la inteligencia, sino que debe dirigirse al espíritu y al corazón, excitando los sentimientos de los discípulos, grabando en el ánimo de éstos las verdades religiosas, haciéndoles comprender al propio tiempo el sentido y las bellezas que encierran.

El ejemplo del maestro es el medio más eficaz para desarro-

llar y fortalecer el sentimiento moral y religioso, al cual pueden agregarse como medios auxiliares y no menos eficaces las historias edificantes, los cantos morales y religiosos, la contemplación de las maravillas de la naturaleza; y el recuerdo de que Dios presencia todas nuestras acciones y que ha de premiar las buenas y castigar las malas. Hablando el maestro con tanto respeto de los misterios del Cristianismo y de la moral evangélica, y presentando uno y otro como una ley de amor y no como una ciencia, sus lecciones darán los más sanos frutos.

El catecismo, en que se hallan expuestos con brevedad y sencillez los puntos esenciales de la doctrina católica, es el libro por excelencia para esta enseñanza, cuyo estudio puede completarse con ligeras nociones de historia sagrada. Los discípulos deben aprender literalmente, concretándose el maestro á hacer comprender el sentido, sin entremeterse en explicaciones que no están á su alcance. Su principal cuidado ha de ser que lo aprendan bien para ahorrar el trabajo del párroco en los repasos semanales, á fin de que pueda ocuparse éste en las explicaciones que considere oportunas, y que puede dar con toda la autoridad necesaria.

Mas si el profesor no debe entrar en explicaciones en que podría extraviarse, haciendo caer á los niños en errores funestos, debe aclarar el texto y enterarse por medio de preguntas si se ha comprendido, y puede y debe también hacer admirar los sublimes preceptos de moral y los sorprendentes ejemplos de virtud que encierran las verdades de la religión católica.

ENSEÑANZA DE LA LECTURA.

La lectura es uno de los ramos más importantes de enseñanza. Ella sola constituye casi exclusivamente la que se daba en nuestras antiguas escuelas. Así, los maestros de aquella época, que se titulaban profesores del noble arte de leer, escribir y contar, dirigían todos sus esfuerzos y conatos á conseguir su perfeccionamiento. A pesar de eso, los métodos de lectura no han hecho entre nosotros los progresos que eran de esperar de la reunión de esfuerzos convergentes hacia un mismo punto. Los métodos y procedimientos de lectura no salían del limitado círculo del modo más breve de leer palabras. Cada día se daba á luz un nuevo arte de enseñar á leer, que nada añadía á lo que los anteriores habían ya enseñado. Lo más sensible es que esta importantísima enseñanza se agitaba en la mezquina esfera de un puro mecanismo. No abrazaba el arte de leer todos los puntos indispensables para conseguirlo en toda la extensión de la palabra. No se había mirado tampoco por el lado filosófico, y nadie sospechaba siquiera que la lectura pudiese servir á la educación física, moral ó intelectual de los niños. Aun menos se había pensado en disminuir lo penoso de la enseñanza, haciéndola agradable y útil desde los primeros pasos. A lo sumo se había intentado abreviarla.

Leer bien es un arte difícilísimo que exige una reunión de circunstancias especiales. Ante todo, es necesario hablar distintamente, hacer comprender lo que se lee, darle todo el colorido y sentido que exija el asunto, producir una armonía que lleve de una manera agradable y fácil el pensamiento del escritor á los que escuchan la lectura de sus obras. Dirásenos quizá que estos son requisitos que sólo atañen al que ha de leer en voz alta; pero replicaremos que justamente para leer de esta manera es para lo que aprendemos. Aunque así no fuera, jamás podríamos decir que el que sólo lee para sí, leyera bien. Todavía es muy dudoso que consiguiera darse cuenta exacta de los pensamientos del autor. De todos modos, es indispensable que un método de lectura sea completo, y conduzca al discípulo al último término de perfección en el arte. Además, si la enseñanza de la lectura ha de producir un bien real á las masas; si esta enseñanza ha de ser indispensable condición para todo hombre; si ha de ser un deber de todo gobierno proporcionarla desde el alcázar á la cabaña, es necesario se la considere de un modo más filosófico que hasta aquí. La lectura es un gran medio para el perfeccionamiento del sér humano, en cuanto se la aplica desde un principio á su desarrollo intelectual y moral, en cuanto se la hace servir al bien y se la imposibilita para el mal.

El análisis y la síntesis son, como ya sabemos, dos poderosas vías de investigación, dos excelentes medios de conseguir la enseñanza de cualquier objeto. Ambos se han empleado en la de la lectura. La diferencia consiste únicamente en la manera de hacer la aplicación. Los unos, considerando la palabra escrita, fuéronla descomponiendo, primero en sílabas y luego en letras; sacando así la letra como el más simple elemento de la palabra. Recompusieron luego ésta, partiendo de este elemento; de aquí nació el método llamado de DELETREO. Los otros consideraron la palabra hablada y descompuesta en sílabas, hallaron que la sílaba era su más simple elemento. Recompusieronla, partiendo de aquí, y de este modo tuvo origen el método de SILABEO. ¿Qué es lo que ha guiado principalmente á los autores de estos dos métodos? Dos sentidos diferentes: la vista á los primeros, el oído á los últimos. ¿Cuáles de ellos están en error? Ninguno en rigor.

Sin embargo, si la sílaba es elemento de la palabra hablada, no lo es ciertamente de la palabra escrita. Nadie puede hacer abstracción de lo que existe, y las letras son signos reales y efectivos, que se han de tener en cuenta por el que lee, porque lo que hiere sus sentidos son las palabras escritas, no las habladas. Dedúcese de aquí que los antiguos autores del DELETREO vieron y analizaron mejor que los modernos. Dijese que éstos estaban en la senda de lo verdadero, y echóse en cara, como una transición de un método vicioso á otro verdadero y real, á los que adoptaron el método silábico, el que sacrificando antiguas preocupaciones, dieran á conocer las letras á los niños. Hemos hallado algunos que, prescindiendo de las letras han

dado á conocer sólo las sílabas; sin embargo, no hemos visto ninguno que supiese leer, ya hubiese aprendido por el método de DELETREO, ya por el de SILABEO, que dejara de conocer las letras y no supiera deletrear. Esto prueba que, por más que digan los autores del método silábico, es indudable que el que aprende á leer, hace un completo análisis de la palabra escrita, y por consiguiente aprende deletreando. ¿A qué quedan reducidos, pues, todos los argumentos que se hacen contra el antiguo DELETREO, todas las objeciones que se oponen al SILABEO? A disputas inútiles que á nada conducen. Por ambos métodos se aprende á leer, porque por ambos se descompone y recompone la palabra escrita. Era indudablemente perniciosa la repetición del nombre de las letras para pronunciar la sílaba, y como en esto se hacía consistir el DELETREO, está justamente casi del todo proscrito. El SILABEO en la práctica está ceñido á que cuando el que lee ve el signo de la articulación y el de la voz, pronuncie de una vez la sílaba que forman, sin manifestar el nombre particular de los dos signos. Si en esto consiste el SILABEO, lo adoptamos desde luego. Pero á nuestro modo de ver, esto no es más que un DELETREO simplificado y perfeccionado, ó en otros términos, un método literal. Para prescindir del conocimiento de los diversos signos de que se compone la palabra escrita, era necesario que representáramos la sílaba por un solo signo ó elemento simple: la vista se opone á ver la unidad donde existe la pluralidad. Cuando más, podrá considerar unidades de conjunto ó grupo, enlazadas por conexiones íntimas; pero ¿dejará de analizar estos grupos? ¿Será conveniente fijar este término á la descomposición? Ni lo juzgamos acertado, ni lo lograríamos; la experiencia diaria nos lo demuestra de continuo. Quede, pues, sentado que nosotros tenemos, no sólo por conveniente, sino por necesario, el comenzar la enseñanza de la lectura por el análisis y síntesis completos de la palabra escrita, que es la que se ha de interpretar cuando se lee. Enséñense, pues, desde luego á los niños las letras, continúese por su reunión de sílabas y éstas en palabras. Pronto veremos cómo hemos de continuar la síntesis hasta la lectura de períodos. Pero antes de exponer nuestro método general de lectura, y los procedimientos más convenientes para ponerlo en ejecución, pasemos una ligera revista á los que entre nosotros han obtenido y obtienen todavía más boga.

Los métodos y procedimientos de lectura pueden dividirse en cuatro categorías, según el principio que en ellos domina.

- 1.^a Los que toman por guía el sentido de la vista.
- 2.^a Los que adoptan por base los órganos orales y el sentido del oído.
- 3.^a Los que reconocen ambos principios, y siguen en su exposición un método general sintético y analítico.

Es de advertir que todas estas categorías las caracteriza principalmente el procedimiento, pues por lo demás en todas ellas hay algo de síntesis y análisis, ó de las dos cosas á la vez,

y siempre se deletrea ó silabea en el sentido vulgar de estas dos últimas palabras. Sentado esto, continuemos nuestra enumeración y superficial reseña.

Pertencen á la primera categoría los métodos *geométrico é iconográfico*, los *mneumónicos* y los *mecánicos*.

El procedimiento llamado *geométrico* consiste en distribuir artificialmente las letras del alfabeto, atendiendo á su generación por la línea recta ó la curva, ó por la reunión de ambas. Ya se deja conocer que este procedimiento tiene por objeto facilitar el conocimiento de las letras, presentando reunidas aquellas cuya figura tiene más puntos de contacto, á fin de que los niños perciban mejor las diferencias que las caracterizan. Este orden sólo facilita el primer paso de la lectura, especialmente para aquellos que consideran en ella la palabra escrita.

El procedimiento *iconográfico* ó simbólico es aquel en que acompañan á la letra una figura cuya letra inicial de la palabra que la exprese es la misma letra que se quiere dar á conocer. Así á la *a* acompaña la figura de un abanico ó de un águila; á la *b* unas balanzas, á la *c* una cabra, á la *d* un dardo, por ejemplo, etc. Este procedimiento es muy antiguo, puesto que se pierde su origen en el de la escritura simbólica. Tiene por objeto facilitar al niño con la vista de la figura el recuerdo de la palabra que la expresa, y por consiguiente el de la letra que le acompaña. Este procedimiento, sea ó no eficaz, tampoco allana más que el primer paso de la lectura. No puede haber inconveniente en aplicarlo y hasta en enlazarlo con el anterior, ó sea con el método geométrico: puede ser de mayor utilidad en las escuelas de párvulos.

Los procedimientos conocidos bajo el nombre de *mneumónicos* tampoco tienen más objeto que los dos anteriores: facilitar el conocimiento de las letras. El nombre de la figura no comienza ya por la letra que se desea dar á conocer, sino que se procura la semejanza de la misma letra con la figura de la boca al pronunciarla. A veces representa unas caras cuyos gestos exagerados tienen alguna semejanza ó analogía con la letra, por la manera con que colocamos los labios cuando la pronunciamos. Este procedimiento es en nuestro dictamen, no sólo de ninguna utilidad, sino hasta ridículo.

Las *cintas*, las *letras móviles*, los *cuadros circulares de resorte* ú *oblongos*, forman el aparato de los procedimientos verdaderamente *mecánicos*, porque descansan en un mecanismo material.

El procedimiento de las *cintas* consiste en emplear dos, que se arrollan sobre dos cilindros. Estas cintas están dispuestas circularmente y unidas por sus dos extremos: en la una se hallan señaladas las letras vocales mayúsculas y minúsculas; en la otra las consonantes. El desarrollo de las cintas produce gran combinación de letras, y forma diferentes sílabas.

Las *letras móviles* están formadas de cartón, madera ú hoja de lata. Sirvese de ellas el maestro colocándolas sobre un tablero negro ó blanco, para que el color de las letras se perciba me-

jor, ó haciendo que los niños las coloquen, para formar ó expresar con las letras las palabras que les dicte. Este procedimiento se emplea generalmente en las escuelas de párvulos; pero no hay inconveniente en emplearlo en las escuelas comunes. Facilita algún tanto la lectura, y habitúa al análisis y la síntesis.

Los *cuadros circulares de resorte* se componen de varios cuadrantes concéntricos, con una abertura, que sólo presenta en cada círculo una letra. El primer círculo contiene las consonantes mayúsculas, el segundo las vocales mayúsculas; los otros contienen las consonantes y vocales minúsculas, y finalmente las cifras. El movimiento de estos círculos produce gran número de combinaciones, que pasan sucesivamente ante los ojos del niño. Este procedimiento no es más que una aplicación del de las cintas, del que hemos hablado.

Los *cuadros oblongos* son una repetición modificada de los circulares.

Según fácilmente se deduce, los procedimientos que acabamos de mencionar, pertenecientes á la categoría del principio visual, si bien pueden facilitar los primeros pasos de la lectura, no dispensan de un método que la abraza en su conjunto.

A la segunda categoría pertenecen todos aquellos procedimientos que toman por base los órganos de la voz.

Consisten principalmente en la distribución artificial de las letras en un orden distinto del que marca el alfabeto y la figura de las mismas letras, y atendiendo únicamente á la generación de los sonidos que representan. Comiénzase de ordinario por las vocales; y respecto á las consonantes, se atiende por lo común al orden de mayor ó menor facilidad con que se pronuncian las articulaciones.

El P. Santiago Delgado, en su *Arte de leer teórico-práctico*, aplicó este método á la lectura de los idiomas castellano y latino de una manera muy racional, y que revela su sano juicio y buen criterio. Da primero á conocer las vocales simples y aspiradas con la *h*; luego las vocales compuestas, y finalmente las consonantes, por el orden siguiente: 1.º las labiales; 2.º las linguales; 3.º las guturales; 4.º las dentales. Una vez conseguido este conocimiento, continúa el P. Delgado presentando las sílabas por el mismo orden, y encarga muy particularmente que se prescinda del deletreo, ó sea de pronunciar la consonante y la vocal, para luego formar la sílaba. Esta, según él, debe pronunciarse de seguida; esto es, que no se ha de decir *eme, o, mo*; sino simplemente *mo*. A cada lección de sílabas acompaña un ejercicio de palabras formadas por las sílabas ya conocidas. Este método, según se ve, es natural y bastante lógico, y no se detiene aquí como otros muchos, pues en su segunda parte se continúa la enseñanza de la lectura en otro libro, que presenta diversas formas de estilo, y el valor de los signos de puntuación para el conocimiento de la lectura de frases y períodos.

Fácilmente se deja conocer que el P. Santiago Delgado, si bien se emancipó de la enseñanza rutinaria del deletreo, no se